

habitantes tenían confederación y amistad con los totonaques y zempoales.

En esta incertidumbre, creyó el general deber dar la preferencia al consejo de sus aliados que le habían dado ya otras pruebas de fidelidad, mientras que el cacique podía meditar una traición; en consecuencia ordenó á sus tropas que estuvieran dispuestas á marchar hácia Tlascalala.




---



---

## CAPITULO IX.

### *Guerra con los tlascaltecas.*

La vasta y populosa provincia de Tlascalala, aunque menos civilizada que Méjico, estaba mas adelantada en las artes que ninguna otra población de las que habían visitado los españoles. Su fértil territorio encerraba muchas ciudades situadas jeneralmente sobre alturas, ofreciendo de este modo á los habitantes la doble ventaja de estar en una buena posición para defenderse y poder cultivar su llanura. Casi se alimentaban no mas que de la caza; la costumbre de este ejercicio había aumentado la fiereza y la independencia de su carácter; continuamente estaban batallando con las huestes de Motezuma. Gobernados primitivamente por reyes, habían echado



abajo el trono y vivian en una especie de república federativa; estaba dividida la provincia en muchos distritos, cada uno de los cuales obedecía á un gobernador separado, elegido por el pueblo, quien representaba el distrito en el senado de Tlascala.

Luego que conoció Cortés el carácter guerrero de esta nacion, se persuadió que su intento de librar á estos indios de la tirania de Moteczuma, unido al ódio que profesaban estos á los mejicanos, contribuiría á que le dieran buena acogida. Para disponerles á ello, envió cuatro zempoales de los mas distinguidos en calidad de embajadores; traian en la mano derecha una saeta muy larga con las plumas en alto y en el brazo izquierdo una rodela de concha; se conocia por el color de las plumas el intento de la embajada: las blancas denotaban la paz, las rojas la guerra. Introducidos en el senado, dieron á conocer el objeto de su mision, que consistia en obtener un libre paso por las tierras de la república: la contestacion fué negativa y sin respetar el sagrado carácter de embajadores, se apoderaron de sus personas, llegando á tanto su atrevimiento que querian inmolarlas á sus dioses; pero lograron engañar ó seducir sus centinelas y huyeron; se apresuraron á advertir á Cortés que el pueblo se ponía en actitud hostil y que estaba determinado á esterminar no solo á los españoles sino tambien á los que les habian socorrido, y que estaban reunidas consi-

derables fuerzas para resistir á la invasion. (19)

Quedó sorprendido Cortés en gran manera de esta determinacion con la que no contaba por cierto; no podia concebir qué razones tenian los tlascaltecas para obrar de este modo: sin embargo varias eran las que les impulsaban á ello. Ese pueblo ignorante, sospechoso, amante de su independencia, se creia que los españoles obraban ocultamente de comun acuerdo con Moteczuma, á pesar de sus contrarias protestas; su deseo de visitar la capital, el número de los mejicanos que les acompañaban, contribuian á que tuvieran por cierta esta suposicion. Por otra parte, los tlascaltecas celosos de su religion estaban indignados de la conducta de los españoles por haber destruido los ídolos de Zempoala; ardian en deseos de sacrificar á esos impios extranjeros para vengar la ofensa que á sus divinidades habian hecho; en fin, poco caso hacian de su pequeño ejército juzgando que facilmente seria derrotado por numerosas fuerzas destinadas á combatirlo.

Penetró Cortés en el territorio de Tlascala el 30 de agosto y como temia á cada instante un choque, hizo formar sus tropas, enarbolóse al frente del ejército el estandarte de Castilla, ajitólo violentamente el almirante y con una voz terrible exclamó: «Españoles, sigamos con valor el estandarte de la santa cruz, él nos conducirá á la victoria.» Y repitieron todos los soldados: «Marchemos, marchemos bajo la in-



vocacion del santo nombre de Dios, en quien hemos puesto toda nuestra confianza y todas nuestras esperanzas.» No habian andado dos leguas, cuando encontraron una muralla muy alta, construida de piedra labrada y unida con argamasa de rara tenacidad; la entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes, que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos; ese tránsito era libre. Mucha dicha fué el que los tlascaltecas no se cuidaran de impedirlo, sea que no hubiesen tenido tiempo de salir de la poblacion, sea mas bien que hubiesen preferido esperar al enemigo á campo descubierto, á fin de poder emplear todas sus tropas y quitar á mas pequeño número la ventaja de combatir en un lugar estrecho. Vencieron pues este obstáculo los españoles, adelantándose en buen orden sobre un terreno mas espacioso; los soldados que habian pasado delante, advirtieron que se habian presentado algunos hombres armados; no tardó en empezarse una escaramuza, la que fué seguida de una lucha mucho mas seria, porque salieron de una emboscada unos tres mil guerreros, disparando una lluvia de flechas. Corrió al ataque la infanteria, pero los indios resistieron el choque con intrepidez; mas al primer disparo de los cañones, habiendo sido heridos muchos de sus compañeros y habiendo desmayado al mayor número su horrisono estruendo, se aprovecharon del desorden los es-

pañoles, persiguiéndoles con tanto ardor que les obligaron á huir precipitadamente.

Pensó luego Cortés que tenia enfrente enemigos mucho mas belicosos que aquellos que habia derrotado hasta entonces, así es que aumentó sus precauciones á fin de evitar una sorpresa. Pasóse la noche tranquilamente, pero al dia siguiente vióse acercarse dos ejércitos compuestos de seis mil hombres y al instante empezó el ataque. No calculando los tlascaltecas el alcance de sus flechas, las dispararon desde una enorme distancia y al mismo tiempo sin dejar de pelear empezaron á retirarse. Adivinó Cortés la estratagemá, reunió sus soldados y marchó en orden de batalla; alcanzó la cumbre de una colina, detrás de la cual se habian escondido los fugitivos y desde allí pudo divisar el ejército entero de Tlascala, reunido bajo el mando del general Xicotencal: se pretende que este ejército constaba de unos cuarenta mil hombres. La caballeria no podia maniobrar á causa de la naturaleza del suelo, así es que se vieron obligados los soldados á bajar la cuesta de la montaña en medio de las flechas, de los dardos y de las piedras que de todas partes caian; pero luego que se hubo alcanzado la llanura, empezó la artilleria á disparar y la caballeria pudo atacar sin ningun género de embarazo. Duró el combate mas de una hora; los hábiles capitanes de Cortés le libraron de ser cojido por los indios; el general mandó formar el cuadro y pudo hacer frente



por todos lados al enemigo, mientras que los soldados de caballería acudían á dar pronto socorro á los puntos mas espuestos. Cesó de repente el espantoso ruido, oyéronse tan solo las bocinas tocando á retirada, vióse despues al enemigo recogerse en la ciudad, abandonando á los españoles el campo de batalla, quienes ó bien por cansancio, ó bien por prudencia, dejaron de perseguirlos. Bastante considerable fué la pérdida de los tlascaltecas, si bien fué imposible contar los muertos ó los heridos, porque tenían los indios la costumbre de esconderlos en el momento en que caían. Hicieron los españoles algunos prisioneros entre los cuales se encontraban dos gefes; de los suyos tuvieron quince heridos y un muerto, perdieron tambien un caballo, cuya cabeza fué llevada en triunfo y ofrecida al senado como un trofeo notable.

Concluido el combate, renovó Cortés sus proposiciones de paz. La resistencia de los indios podia disminuir sus fuerzas, podia acarrearle desastrosas consecuencias; la porfía de los tlascaltecas, en caso de prolongarse, obligaria quizá á las tribus vecinas á unirse á su partido, y el menor descalabro que sufrieran los estranjeros, descubriendo que son hombres ordinarios, exaltaria el valor de los indios. De nada le servirían entonces á Cortés las grandes ventajas que le daban las armas de fuego y la caballería, atendida la inmensa muchedumbre que se le echaria

encima; así fué que se decidió á recurrir á los ardides de la política, antes que esponerse á nuevos combates. Envió pues á los dos gefes prisioneros para presentar al senado proposiciones de paz. El general enemigo respondió: «Quedaré hecha la paz, cuando podremos ofrecer en sacrificio á nuestros dioses la sangre y el corazón de los españoles y cuando habrán servido sus cuerpos para nuestros festines.» Esta horrible declaración destruyó todas las esperanzas de Cortés y dispúsose para un nuevo combate. Durante la noche las tropas se confesaron, recibieron la sagrada comunión y se resignaron santamente á vencer ó morir. El 5 de setiembre, tres días despues de la batalla, todo el mundo estaba con las armas en la mano, aun los heridos; el ejército enemigo dividido en cinco compañías y presentando cerca de 50000 combatientes, cubria una estension de dos leguas; en el centro se levantaba una hermosa águila de oro que servia de estandarte: era la enseña sagrada que solo se presentaba en las acciones decisivas. Empezó el combate como de costumbre, por medio de disparos de innumerables flechas y de otros proyectiles. Causaba terribles estragos el continuo fuego de los españoles, pero inmediatamente eran reemplazados los que morían por masas compactas que llegaban con nuevo ardor. Duró largo tiempo la batalla de esta manera, por último viendo los indios que perdían mucha jente, se precipitaron todos juntos como un inmenso



torbellino sobre los españoles, cuyas filas fueron desbaratadas; en este conflicto fueron menester todo el valor de los soldados, toda la presencia de espíritu de los oficiales, las elevadas disposiciones y talentos de Cortés para volver á formar los batallones; se reunieron con mucho trabajo y secundados poderosamente por el ardor de los caballos, rechazaron con bizarría este desesperado ataque. Fuéles muy favorable una circunstancia; una division entera de tlascaltecas cesó de tomar parte en la accion por una venganza de su gefe quien, decian, habia recibido de su general una atroz ofensa; amortiguóse el entusiasmo de los combatientes, apoderóse el pavor de las filas y el enemigo peleó precipitadamente en retirada. No perdió Cortés mas que un solo hombre, pero tuvo 62 heridos y todos los caballos tenian tambien heridas mas ó menos graves.

Al dia siguiente envió Cortés una nueva embajada á los senadores, á fin de pedirles el libre paso por su territorio, amenazándoles que desolaria todo su pais, si se negaban á ello; pero los senadores, si bien desconsolados por sus pérdidas, estaban sin embargo firmes en su resolucion de no escuchar ninguna oferta de paz, esperando que cambiaria la fortuna, si lograban encontrar el medio de impedir el uso de las armas sobrenaturales de sus enemigos; reunieron al efecto sus sacerdotes y adivinos, exigiéndoles que declarasen los motivos por los cuales eran los extranjeros superiores á sus numerosas tropas

y que indicaran al mismo tiempo el modo de poderlos combatir con ventaja. Dispusiéronse los sacerdotes á las ceremonias májicas por medio de sacrificios humanos; aseguraron que los españoles, hijos del sol y producidos por la influencia de este benéfico astro en las rejiones del este, eran invencibles durante el dia, porque eran protegidos por la presencia de su padre, pero que atacándoles durante la noche, facilmente se les podria destruir. Satisfizo á los tlascaltecas esta esplicacion misteriosa, resolviéronse á tentar un ataque nocturno, aunque fuese contrario á sus usos militares. Debia empezar el combate despues de puesto el sol: el activo Cortés no vivia descuidado, todo lo tenia prevenido; así es que luego que vió á los indios en movimiento, hizo tomar las armas á los soldados y aguardaron al enemigo en pie firme; ese que se creia encontrar á los españoles desalentados y sin fuerzas, quedó pasmado de su resistencia. La luna vino á alumbrar esta escena de carniceria y en poco tiempo quedaron derrotados completamente los indios, abandonando el campo de batalla, dejándolo cubierto de heridos y muertos.

Esta victoria fué muy favorable, puesto que obligó á los tlascaltecas á desear seriamente la paz. Esta última tentativa les acabó de convencer que los españoles eran seres de una naturaleza superior, eran divinidades, *teules*, como los llamaban; acusaban á sus magos de haberles engañado; no conociendo limites la cólera que



contra ellos estalló, sacrificaron á dos en los mismos templos en donde acostumbraban á dar sus oráculos. Cansado el pueblo de tanta fatiga y tanto servicio é intimidado por esta série de desastres, empezó á quejarse; conocieron los senadores la necesidad de entrar en relaciones con Cortés y ordenaron al general que suspendiera las hostilidades. Xicotencal se negó á obedecer, contestando con arrogancia que él y sus soldados formaban el verdadero senado, que sostendrian con empeño la gloria de su nacion, ya que la dejaban abandonada los padres de la patria; pero despues de varias embajadas, consintió por último en deponer las armas.

Inciertos estaban aun los tlascaltecas acerca del modo con que los tratarian los estrangeros; no sabian qué idea formarse de su carácter, ni si debian mirarlos como seres buenos ó malos. La conducta que en diferentes circunstancias habian observado los españoles, les daba márgen á esas opiniones encontradas; por una parte, habian enviado casi siempre libres á los prisioneros que habian hecho; este proceder tan diferente del modo cruel con que trataban los americanos á sus cautivos, á quienes sacrificaban ó devoraban sin piedad, bastaba para dar una favorable idea de la humanidad de los vencedores: por otra, se habia portado Cortés en cierta ocasion de una manera bien diferente; se habia apoderado de cincuenta espías que se habian introducido en el campamento con pretesto de traer provisiones;

mandó cortar las manos á unos y á otros los dedos pulgares; dió este castigo á fin de intimidar á Xicotencal, quien los habia enviado. La impresion que causó á los indios el espectáculo de esos desdichados, unida al terror que les habian inspirado las armas de fuego y los caballos, les hacia mirar á los españoles como una especie de divinidades monstruosas. Manifestóse esa incertidumbre en la siguiente arenga que hicieron los ministros á Cortés: «Si sois vosotros, le dijeron, divinidades de una naturaleza cruel y salvaje, os ofrecemos cinco esclavos á fin de que os bebais su sangre y os comais su carne; si por el contrario, sois divinidades mas piadosas, aceptad estos presentes de perfumes y plumas; si por último, sois hombres, ahí teneis manjares y frutas para alimentaros.» Acercóse luego un gran número de indios sumamente cargados, iban precedidos de cinco ancianos, postráronse estos á los pies de Cortés con muestras de la mas grande humildad, declarando solemnemente que habian tomado las armas contra él, porque se creian que obraba de acuerdo con Motezuma, que conocian ya su error y le suplicaban que los tomara bajo su proteccion. Interrumpiólos Cortés diciéndoles, que su mas ardiente deseo era unirse á ellos con lazos de la mas estrecha amistad y terminar una guerra que siempre habia querido evitar.



---

## CAPITULO X.

### *Traicion y castigo de los habitantes de Cholula.*

Entraron los españoles en la ciudad de Tlascala el 23 de setiembre, 34 dias despues de su llegada á las tierras de esta república. Tan amistosa fué la acogida que les dispensaron, como habia sido llena de mortal encono su conducta anterior. Muy favorable fué para los españoles la suspension de las hostilidades, porque era sumamente deplorable el estado en que estaban sumerjidos; escesivo era el cansancio del servicio para ese pequeño número de hombres rodeados de innumerables enemigos; la mitad de los soldados velaban cada noche, los demas dormian armados, á fin de estar dispuestos á correr á su destino á la primera señal. Los unos estaban llenos de he-



ridas, los otros, de cuyo número era Cortés, padecían una enfermedad particular del clima, que había causado ya muchas víctimas; frecuentemente estaban faltos de víveres y carecían en tal manera de las cosas más necesarias, que se veían obligados á curar sus llagas con la grasa de los indios. Cansados de tantos trabajos y sufrimientos, empezaron á quejarse amargamente, y cuando reflexionaban sobre la multitud y valor de sus enemigos, estaban próximos á abandonarse á la más negra desesperación. Tenía que valerse Cortés de toda su autoridad y artificio para impedir los progresos de ese desmayo y reanimar á sus compañeros, manifestándoles su superioridad sobre los hombres que acababan de combatir. La sumisión de los tlascaltecas y la triunfante entrada de los españoles en la capital, en donde fueron recibidos como seres de superior condición que los hombres, bastaron para desterrar de su memoria el recuerdo de las miserias y trabajos pasados, disiparon sus inquietudes sobre el porvenir y quedaron persuadidos de que de allí en adelante ninguna fuerza en América podría resistir á sus armas.

Permaneció Cortés 20 días en Tlascala para dar descanso á sus tropas del que tanto necesitaban; durante ese tiempo se ocupó en los cuidados importantes para el buen éxito de sus proyectos. En sus entrevistas con los gefes, pudo informarse del estado de Méjico y del carácter de su soberano; luego que conoció que la antipatía de sus

nuevos aliados era tan fuerte como se le había dicho, y vió al mismo tiempo que podía sacar de ellos grandes socorros, procuró ganarse su confianza: poco le costó conseguirlo, porque los tlascaltecas, con la ligereza natural de hombres poco civilizados, estaban dispuestos á convertir en la más grande estimación el ódio que primitivamente habían abrigado. Todo lo que veían excitaba su admiración y asombro; convencidos de que los extranjeros tenían un origen celeste, no solamente anduvieron diligentes en satisfacer todas sus demandas, sino también en cumplir todos sus deseos. Ofrecieron pues á Cortés acompañarlo á Méjico con las fuerzas de la república, bajo las órdenes de sus más experimentados gefes.

No olvidaba Cortés la santa misión que le estaba encomendada; hizo construir una capilla en una de sus mejores habitaciones, y cada día se celebraba en ella el santo sacrificio de la misa en presencia de los principales indios, quienes asistían allí con admiración y respeto y notaban curiosamente todas las ceremonias, las que con la sorpresa de la novedad, contribuían á aumentar la gran consideración en que tenían á los españoles. Aprovechóse Cortés de esas felices disposiciones para obligar á los indios á renunciar al culto de sus ídolos y adorar el Dios de los cristianos; pero estaban tan adictos á la religión de sus padres, que les costaba mucho trabajo abandonarla de repente, sin embargo empeza-



con á poner en libertad á los cautivos que tenian destinados para los sacrificios. Esta condescendencia no acabó de satisfacer enteramente á Cortés; queria mas aun; ya estaba dispuesto á hacer pedazos de los ídolos, apoyándose en el buen éxito que semejante tentativa habia tenido en Zempoala, ya su celo le hubiera engañado, le hubiera conducido muy lejos, á no haberlo persuadido el padre Olmedo, manifestándole con entereza religiosa, que no estaba sin escrúpulo de la violencia que se habia hecho á los indios de Zempoala, porque no estaba en razon con las máximas del Evangelio, y que un acto de esta naturaleza era, hablando con propiedad, derribar los altares y dejar los ídolos en el corazon; que la empresa de convertir á aquellos infieles pedia mas tiempo y mas suavidad; que no era buen medio para darles á conocer sus errores malquistar la verdad atormentándolos, que antes de introducir el culto del verdadero Dios, era menester desterrar el demonio y que esta guerra debia hacerse de otro modo y con otras armas. Rindió el general su dictámen á las razones y á la autoridad de este venerable hombre, reprimiendo los ímpetus de su celo; desde ese tiempo, añade Solís, de quien hemos copiado este discurso, procuró ganarse por medio de su benignidad la voluntad de los indios, haciéndoles amable la religion por sus efectos, á fin de que comparándola con sus costumbres, conociesen cuán abominables eran y se persuadiesen de la

deformidad y torpeza de sus dioses.

Habia recibido Cortés antes de su entrada en Tlascalca, embajadores de Motezuma, quien consentia por último en admitir á los españoles á su presencia, recomendándoles que pasaran á Cholula, en donde recibirian de cerca sus órdenes. Cuando hubieron descansado las tropas y manifestó Cortés su intencion de seguir el camino indicado, sus nuevos aliados se opusieron vivamente á ello; decian que los habitantes de Cholula eran una nacion pérfida que obedecia ciegamente las voluntades y caprichos de Motezuma. Insistió Cortés en su proyecto, no tan solo para complacer á los embajadores del emperador, como tambien para probar á los tlascaltecas que temia poco á esos enemigos que tanto terror les causaban. Envióle el senado numerosas tropas á su disposicion, empero Cortés únicamente tomó seis mil hombres. Este número le parecia suficiente para no estorbar su marcha y poder combatirlos con ventaja en caso de que intentaran unirse con los de Cholula.

Cholula, ciudad considerable, distante de Tlascalca cinco leguas, era mirada por todos los habitantes de Méjico como el santuario y querida residencia de sus dioses. Iban á visitaria todos los forasteros; en sus templos se inmolaban muchas mas víctimas humanas que en los de Méjico. Es probable que habia invitado Motezuma á los españoles á que pasaran allí, ó fundado en la supersticiosa esperanza de que no sufririan



los dioses ser profanados en sus altares sin hacer estallar su cólera sobre los impios que iban á insultarlos en su mas venerado santuario, ó en la persuasion de que podria exterminarlos tanto mas facilmente, atacándolos bajo la vista é inmediata proteccion de sus dioses.

Habiendo llegado Cortés al caer la tarde cerca de Cholula, mandó hacer alto en la orilla de un pequeño rio, á fin de no entrar de noche en una ciudad, cuyas disposiciones le eran totalmente desconocidas. Poco tiempo despues, vinieron á saludarle varios sacerdotes y algunos de los principales gefes y le manifestaron que estaban dispuestos á recibirlo, pero que no podian admitir á sus aliados, porque eran sus antiguos enemigos. De ningun modo se ofendió Cortés de esta demanda, puesto que le parecia razonable; al día siguiente entró en Cholula, habiendo visto el campamento de los indios á una pequeña distancia de las murallas. Pasáronse los primeros dias con mucha tranquilidad, los gefes andaban diligentes en proporcionar provisiones y obsequiar al general; pero no tardaron en aparecer síntomas de cambio que no podian pasar desapercibidos á la natural perspicacia de Cortés y empezó desde luego á temer la traicion de la que habíanle advertido sus aliados, poco á poco dejaron los indios de traer provisiones, faltaron luego del todo y estuvieron reducidos los españoles á las que pudieron procurarse con grande trabajo. Dos tlascaltecas lograron intro-

ducirse disfrazados en la plaza é informaron despues al general que habian visto en muchas calles cercanas al cuartel español varios parapetos y zanjas ligeramente cubiertas de tierra, en cuyo fondo estaban fijadas unas estacas muy puntiagudas á fin de que pereciesen irremisiblemente los caballos cuando cayesen; dijéronles que habian observado que cada noche salian fuera de la ciudad muchos niños y mugeres y que se habian sacrificado en el templo seis víctimas humanas, práctica que ordinariamente siguen estos pueblos cuando meditan una empresa militar, en fin que habian amontonado en las azoteas muchas piedras y dardos para poder acabar totalmente con los extranjeros. Las sospechas que en el espíritu de Cortés hicieron nacer estos informes, quedaron cambiadas en amargas verdades por las noticias positivas que le proporcionó doña Marina.

Por una feliz casualidad habia cobrado grande afecto á doña Marina una india anciana de elevada categoria, atraida por la benignidad y agrado de su persona, la visitaba frecuentemente. Quiso librar esta india á su amiga de los inminentes peligros que la rodeaban, la suplicó que abandonara á los españoles y se refugiara en su casa. Valióse de esta favorable circunstancia doña Marina, fingió aceptar esta oferta con tantas muestras de reconocimiento que llegó á conocer todo el plan de la conspiracion; supo que estaban escondidos por los alrededores de la ciudad



veinte mil mejicanos y que seis mil entrados ya en la poblacion, esperaban una señal para unirse con los habitantes y exterminar á los españoles. Suplicó doña Marina á su amiga que la protegiera, prometiéndola que volveria á su casa luego que hubiese recogido sus objetos mas preciosos. Bajo este pretexto corrió á advertir á Cortés de lo que acababa de descubrir. Mandó luego el general prender á la india y logró saber las mas exactas y minuciosas noticias, en seguida hizo conducir á su presencia á tres de los principales sacerdotes. Ignorando esos el modo como Cortés habia llegado á descubrir sus mas secretos designios, (porque las primeras palabras de este versaron sobre el castigo que queria dar á su perfidia), creyéndose que hablaban con una divinidad superior, no se atrevieron á negar su traidora conducta, confirmaron la existencia de esa terrible conspiracion, cuya idea habia concebido el mismo Motezuma. Mandólos Cortés aprisionar secretamente y reuniendo á sus oficiales, les pidió su parecer sobre la resolucion que se debia tomar á fin de castigar ejemplarmente este atentado.

Manifestó á los gefes que era su intento partir al dia siguiente y en consecuencia les pidió víveres para la manutencion de la tropa durante la marcha, tamenes para conducir los bagajes y dos mil guerreros para acompañarle. En cuanto á los víveres y á los tamenes pusieron los indios algunas dificultades, en cuanto á los soldados los

cedieron con mucho gusto. A los aliados se les ordenó que durante la noche estuviesen sobre las armas y que al amanecer se acercaran á las murallas en ademan de querer seguir la marcha de los españoles, pero que permanecieran allí estando prevenidos para reunirse con el cuerpo del ejército á la primera descarga que oyesen. Entonces Cortés hizo llamar á los embajadores mejicanos, y como si les hubiese revelado un secreto, les dió noticia de la conspiracion y les manifestó todo el horror de la conducta de los habitantes de Cholula, quienes á fin de escusarse, suponian obrar acordes con el emperador; añadió que un príncipe tan grande no podia ser cómplice en un proyecto tan criminal; que por consiguiente para vengar el insulto que se le hacia, se disponia á castigar á los de Cholula de una manera rigurosa. Fingieron diestramente los mejicanos ignorar el complot, mientras que Cortés alegre de verles saltar en el lazo, se felicitaba de hacer recaer sobre Motezuma mismo los amaños y ardidés que contra los otros tenia preparados.

Al apuntar el alba, llegaron los tamenes, pero en pequeño número y con escasos víveres; vinieron en seguida los soldados divididos en filas. Mandó Cortés que se colocasen separadamente en diversos parajes de su cuartel, en donde eran vigilados de continuo, despues montando á caballo, hizo llamar á los caciques bajo diferentes pretextos, declarando por medio de doña Marina á



los que se presentaron, que se habia descubierto la traicion, que habia llegado el momento del castigo y que iban luego á conocer cuan preferible les hubiera sido conservar la paz. Terminóse esta arenga con el disparo de un mosquete; á esa señal convenida, cerró la infanteria con los indios naturales que tenian divididos en los patios, y si bien estaban con las armas prevenidos para ejecutar su traicion é hicieron extraordinarios esfuerzos para reunirse y defenderse, quedaron derrotados con poca dificultad, logrando salvar la vida los que pudieron esconderse, ó saltaron precipitadamente á la otra parte de las murallas.

En seguida avanzó la infanteria por la calle principal teniendo por guias á algunos de los zempoales, quienes iban descubriendo las zanjas. Desde el momento en que oyeron los mejicanos los gritos de los combatientes, se introdujeron en la ciudad, se reunieron en una gran plaza rodeada de muchos adoratorios; parte de esta jente ocupaba los atrios y torres, mientras que los demas se disponian á hacer frente á los españoles. Iba á comenzar el combate, cuando los tlascaltecas cerraron por la retaguardia con los enemigos, quienes quedaron desmayados con este imprevisto ataque; los españoles no encontrando resistencia, pudieron derrotar á cuantos se encontraban y que no habian tenido tiempo de refugiarse en los adoratorios. Acercóse Cortés en buen órden al principal de estos edificios

y por medio de doña Marina hizo publicar que perdonaria á cuantos voluntariamente se rindiesen, repitióse este aviso dos ó tres veces, pero viendo que era inútil, que ningun caso de él se hacia, ordenó que se pusiese fuego al templo y perecieron muchos al rigor de las llamas. Cuentan los historiadores que solo un indio se rindió voluntariamente. «Cesó la guerra, dice Solís, por falta de enemigos.» Esparciéronse los aliados por la ciudad, cometiendo algunos excesos. En esta horrible jornada, ninguna pérdida tuvieron los estrangeros, mientras que quedaron muertos mas de 6000 hombres entre naturales y mejicanos.

Retiráronse á su cuartel los españoles, acampándose en la ciudad los tlascaltecas. Cortés hizo conducir á su presencia á los gefes de quienes se habia asegurado de antemano y tambien á los prisioneros que se habian hecho en el combate, declaróles que ya estaba satisfecho y que sentia en el alma que á tan severo castigo le hubiesen obligado los habitantes de aquella ciudad, en consecuencia los puso en libertad y concedió un perdon general, el que fué solemnemente publicado.

Al dia siguiente llegó Xicotencal con un ejército de 20,000 hombres, los que enviaba el senado de Tlascala para el socorro de Cortés; dióles este las mas espresivas gracias y les manifestó que se volviesen, puesto que no era ya necesaria su asistencia; valióse entretanto de



esta circunstancia para hacer jurar á los dos pueblos un tratado de confederacion y alianza, la cual podia serle muy útil, puesto que aseguraba sus comunicaciones recíprocas, y como el gobernador de la ciudad habia sido muerto, nombró en su lugar á su hermano. Volvieron á sus casas aquellos que habian logrado salvarse, y fué tan altamente poderoso el ascendiente de los españoles, que en pocos dias volvió á llenarse la ciudad de habitantes, quienes en medio de las ruinas de los templos, habiendo conocido cuán justo era su castigo, tributaron los mas respetuosos homenajes á aquellos que acababan de vencerles.

Los historiadores han juzgado de diversas maneras la conducta que desplegó Cortés en esta ocasion. Solís la disculpa completamente, pero su historia no es mas que un continuo panegírico de Cortés, disimulando siempre sus faltas y callando sus errores. Segun Las-Casas, ninguna razon habia para desplegar semejante rigor, el único objeto era aterrorizar á los pueblos de la Nueva España; pero se sabe muy bien que este virtuoso prelado, llevado de su celo en favor de los indios, exajera frecuentemente. El verídico Diaz afirma que los primeros embajadores que envió el emperador, hicieron exactas investigaciones á fin de aclarar este hecho; descubrieron que en realidad habia existido una conspiracion horrorosa y que las relaciones que acerca de ella dió Cortés eran verdaderas en

todas sus partes. En fin Robertson, cuya parcialidad para los indios está fuera de duda, reflexiona de este modo: «Cortés estaba interesado en ganarse el espíritu y la confianza de Motezuma; dando este paso sin razon alguna, léjos de lograr su objeto, lo envenenaba mas, digámoslo así, luego es probabilísimo que algun motivo muy poderoso, alguna prueba muy cierta tendria de la culpabilidad de los habitantes de Cholula, cuando les aplicó este severo castigo.»

